

EL AMIGO

DE

LA ABOLICION

Y DE

LOS HOMBRES.

Piecate adversus Deos sublevis, fides
etiam, et societas humani generis, et
excellenterissima virtus iustitia solitur.
Cicer. de Nat. Deor.

NÚM. 1.



MADRID: 1886.

IMPRESA DE LA CALLE DEL HUMILLADERO
a cargo de D. DIEGO NEGRET.

Advertencia.

El Amigo de la Religion se publica sin dia fijo una vez á la semana. Bajo el sobre, Al amigo de la Religion y de los hombres, libreria de D. Juan Sanz, calle de Carretas, Madrid, admitiremos gustosos los artículos que se nos dirijan, francos de porte, reservándonos la libertad de modificarlos y adoptarlos como de nuestro propio caudal, siempre que lo creamos conveniente, esceptuando de esta condicion los que tengan por objeto una vindicacion pública de los de prelados y venerables eclesiásticos, á quienes convenga consignar su nombre y su opinion en estos escritos.

Se suscribe en la indicada libreria, y en la imprenta calle del Humilladero numero 14, á diez reales cada tomo, compuesto de ocho cuadernos, de los cuales algunos tendrán dos pliegos de impresion. Los cuadernos sueltos se venden á dos rs. en los mismos puntos.



La tranquilidad del ánimo, y la paz del corazón huyeron de entre nosotros, porque la tierra empapada en sangre solo produce rencor de muerte, venganza y sangre. Tan profunda es la llaga de la sociedad, que apenas existe un hombre que pueda hablar sin ira ó callar sin violencia sobre el mas leve síntoma de los males que la afligen. España es la nación mas desgraciada del universo. Todas nos comunicaron el veneno que corroe sus entrañas, y ninguna la triaca con que suelen neutralizar sus efectos. Así es que hasta la creencia misma de la divinidad, de ese poder supremo, conservador de la sociedad ha-

mana, ha vacilado ya en nuestras almas. Hijos indóciles disputamos tambien sobre los derechos de nuestro padre, y tratamos de fijar los límites de la obediencia que le debemos. Hé aqui la causa de la debilidad en el que manda, y del orgullo en el que obedece. Interés ó temor son todos los principios de sumision, y la sed del oro el único de accion y movimiento. ¿Quién produce estas violentas conmociones de la sociedad que vacilando en sus eges, parece próxima á disolverse? ¿Será posible que entre tantos que tienen el poder de destruir, no exista uno que tenga el de edificar? ¿Hemos de convertir en escombros el edificio entero? Y dónde guarecernos entonces de la tempestad que truena sobre nuestras cabezas?

En tan mísero estado todo nos asombra y nos aflige: lo pasado, lo presente y lo futuro. Entre los hijos de una misma familia los unos lloran por la pérdida de lo que los otros desprecian, y éstos llaman época de ventura á la que los otros repelen con todas sus fuerzas. Todos, todos los hijos de esta misma familia corren en pos de tan encontrados objetos, que el triunfo de los unos es la muerte de los otros.

A la muerte corre esa ardiente juventud, esa juventud digna de muerte mas venturosa, esa juventud, que remontando su vuelo en

una edad, en la que los antiguos días gozaba el hombre el reposo pacífico de las ilusiones, se lanzó al palenque de las lides políticas, y valiéndose de las *luces* como de las hachas que sirven para bajar á las cavernas y sepulcros, descendió á los abismos de incomprensibles arcanos. Lisonjeó sus deseos la libertad del pensamiento y vaciló su creencia religiosa. Los alquimistas de la moral, esos presuntuosos insensatos, que ignorando por qué su mano se mueve, como la araña teje su tela, se presentan sin embargo como legisladores del legislador supremo, han engañado á nuestra incauta juventud, han engañado á los hombres. Ellos, solo ellos confunden la Religión del crucificado con esa despreciable superstición, con el intolerante fanatismo, siempre dispuesto á perseguir, á derramar la sangre humana, á cometer en nombre de Dios los mayores delitos.

El fanatismo religioso murió para siempre. Hace veinte años que el incrédulo, el judío, el protestante lloraron sobre la tumba del católico y venerable Carlos Francisco de Aviau. (1) Este extravío de la razón humana fué remplazado por el fanatismo político. El fanatismo político es el cáncer

(1) Arzobispo de Burdeos, el Hilario del siglo XIX.

del siglo. Ya no existe un *Clemente* que dé la muerte á su rey porque es herege, pero hemos visto un *Alibau* que intenta asesinarle porque no es republicano, y habiendo errado el golpe se entrega al verdugo con la serenidad del justo. Hé aquí la apoteosis del asesino.

¿A dónde nos conduce este desorden moral? ¿Qué poder es capaz de fijar en la opinion estraviada de los pueblos las ideas de lo bueno y de lo malo? la Religion, que es la antorcha de la verdad.

Nosotros defendemos la causa de la Religion, de la Religion pura y santa, de esa diosa que bajó del cielo para consuelo de los mortales; defendemos la causa de la humanidad que no mancha sus laureles con la sangre de los hombres.

Prevenimos desde luego los ataques del espíritu de partido, de todas las pasiones humanas sublevadas contra la verdad; y nos aprestamos tranquilos al combate; pero nuestras armas serán siempre, siempre las de la razon. Tolerancia y caridad son nuestra divisa, la Religion nuestro norte. La Religion no quiere esclavos; domina por la conviccion, por la mansedumbre, por el amor. Su espíritu es espíritu de paciencia, de dulzura, de longanimidad: su ministerio un ministerio de reconciliacion y de concordia, sus discípulos, discípulos de un

Dios que ha muerto por sus enemigos. La RELIGION quiere paz, somision á las leyes, y respeto á la potestad civil. El amor de Dios y de nuestros semejantes son sus principales preceptos, y á ellos se reduce toda su moral. La dulce y santa fraternidad, esta palabra tantas veces profanada por la hipocresía del patriotismo, solo es un sentimiento real y verdadero cuando la Religion lo inspira, porque uno de sus principales caracteres es estrechar y consagrar los lazos que unen á los hombres entre sí, es inspirarles un amor recíproco, extinguir sus ódios, sus ribalidades y disensiones, sustituyendo al amor propio que es la causa de todas ellas, una caridad pura, generosa, inalterable. Sin turbar el órden establecido, sin atacar los derechos de nadie, sin confundir las diferentes gradaciones de la sociedad, su espíritu, sus votos se dirigen á restituirla á su primer destino, á su primordial objeto, á hacer de todo el universo una sola familia, y de todos los hombres un solo corazon, una sola alma. (1)

El talento humano abusa de todo, hasta del don mas precioso que el cielo otorgó á la tierra. La RELIGION fué el pretesto,

(1) *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una.*

no la causa de esas escenas sangrientas que la impiedad le atribuye. Sus autores no fueron ilusos arrastrados por el celo religioso, fueron unos malvados, réprobos, criminales, devorados de ambicion, vengativos, crueles, que para conseguir el objeto de sus deseos osaban decirse intérpretes y vengadores de la divinidad. Y porque existieron déspotas y tiranos que esclavizaron los pueblos, ¿será preciso suprimir toda autoridad y entregar las naciones al furor de la anarquía? ¿Cerraremos los tribunales, quemaremos los códigos porque la mala fé, el cohecho, el vil interés han triunfado mas de una vez de la justicia y han oprimido al inocente? ¿Disolveremos las asociaciones políticas y volveremos á los bosques porque la sociedad ha dado origen á vicios monstruosos, á terribles abusos? ¿envidiaremos á los Hotentotes y Esquimales su estúpida ignorancia porque las ciencias han perjudicado á la pureza de las costumbres, y han producido descubrimientos funestos á la humanidad?

Sínceros adoradores de la RELIGION santa de nuestros padres, jamas nos separaremos una línea de sus preceptos de dulzura y mansedumbre: y cualquiera que sea el futuro destino de esta desventurada patria, solo dirigirá nuestra pluma el

amor de Dios, el amor de los hombres. Si conseguimos economizar una sola gota de sangre humana, bendeciremos el día en que el señor nos inspiró la idea de publicar estos escritos.

SITUACION DEL CLERO ESPAÑOL.

La esclaustracion de los religiosos, la pena de muerte impuesta á varios sacerdotes por delito de sedicion; y algunos sucesos para siempre deplorables han disminuido el respeto debido al sacerdocio, han inspirado á la juventud una odiosidad injusta hácia esta clase, por tantos títulos venerable, y han hecho derramar lágrimas de amargura á mas de cien familias, que contaban entre sus hijos algun ministro del santuario.

La gran mayoría del clero Español ha permanecido sumisa y obediente á la potestad temporal en todas las variaciones de gobierno, que experimentamos hace cuatro años. El clero español es bastante ilustrado y ortodoxo para que pudiese imitar en el

siglo XIX el falso celo de los turbulentos sectarios del siglo XVI. El clero español llora en silencio los males que afligen á la Iglesia de Jesucristo, llora la corrupcion de las costumbres, y los efectos de la impiedad, que va cundiendo como mortífera ponzoña por todas las clases del Estado. ¿No será pues digno del respeto y de todas las consideraciones debidas á los ministros de la Religion dominante de la nacion española?

Los que han tomado sobre sus hombros la colosal empresa de mejorar la condicion del género humano por medio de la revolucion armada, por medio de las conmociones políticas que trastornan los imperios han creído inútil la religion en el órden de sus imaginadas Utopias, y ciegos en su delirio, han pretendido suplir este sentimiento inseparable del corazon humano por medio de esa *moral*, que tanto nos ensalzan.

Una moral sin Religion no puede tener otro objeto que la regla de conducta del hombre con sus semejantes; y ¿qué poder

deslinda entonces lo que debemos al autor de nuestra existencia, al conservador supremo de la sociedad? ¿Tendremos obligaciones para con nuestros hermanos, y no tendremos ninguna para con el jefe de esta gran familia?

Desechada pues la RELIGION por esos sábios niveladores como rueda inútil en la máquina política de las sociedades modernas, es evidente que consideran á sus ministros como plantas parasitas perjudiciales al procomunal. Este error, capaz por si solo de producir una anarquía universal, este error funesto, que á una nacion vecina costó tanta sangre inocente, tiene ya sus prosélitos en este país católico por excelencia. De aquí el desprecio con que miran á los sacerdotes muchos de los que se dicen *liberales*, de aquí las vejaciones que ha sufrido el clero regular por parte de los agentes subalternos del gobierno, de los agentes de esa policía que contrariando el objeto de su institucion, sirve solo para vejear al hombre pacífico y honrado. Para re-

formar ó extinguir una corporacion ¿ es preciso odiar y maltratar á sus individuos? Y los sacerdotes, los esclaustrados ¿ no tienen como todos los miembros de la sociedad un derecho inconcuso al respeto de los demas en tanto que no infringen las leyes ó conspiran contra el gobierno establecido? ¿ Por qué pues se pretende estraviar la opinion de los pueblos haciéndoles ver en cada sacerdote un enemigo de su bienestar?

Los que desean despojar al clero del prestigio y respeto debidos al alto ministerio que egerce, los que desean entregar el sacerdocio al desprecio del pueblo, no saben lo que desean. ¡ Infelices si lo conseguieran! No quisiéramos recordar escenas de sangre, pero el 17 de julio de 1834, suceso notable, escrito con caracteres indelebles en el corazon de todo español honrado, ocupa una página demasiado importante en la historia contemporánea, para que podamos borrarlo de nuestra memoria. Aquel dia de sacrílega profanacion, en

que el ministro del Señor vilmente asesinado al pie de los altares renovaba las escenas de los siglos de Neron y de Caligula, probó (ó debia probar) á los niveladores de toda Europa, que no basta la autoridad de los hombres para detener en su curso al torrente asolador de un pueblo amotinado, de un pueblo que, rotos los diques de la obediencia á la autoridad civil, no conoce freno alguno en la tierra, porque no obedece al cielo.

El clero español, pobre en el dia por mas que se le suponga opulento, se halla en la posicion mas crítica y lastimoso. El espíritu del partido le persigue, la guerra civil completa su ruina, y los males que ahora la Iglesia mas que todo le afligen y desconsuelan.

LA VISION.

El sol rojizo de una tarde de julio doraba por última vez la cúpula del convento de la Victoria. Desplómase á los

golpes de la pica su antigua techumbre, y el que ayer fue templo, hoy es escombros, polvo y ruinas. La multitud contempla en triste silencio los restos de aquellas bóvedas sagradas, las mutiladas columnas que adornaban el ara santa, y las gradas de mármol gastadas por la oración. Aún permanece en pie una parte del que fue claustro. Allí se dirige ansiosa mi vista, allí yacen los restos mortales del que enjugó mis lágrimas, del que dió pan á mis hijos. Un solo objeto contemplo, embebido en las mas lúgubres meditaciones. Cierra la noche. El inmenso gentío que transita por las calles inmediatas, crece por momentos como torrente impetuoso que engruesan los arroyos de las montañas. El cuadro animado de la capital es la segunda Babel. Suenan las nueve de la noche en el reloj Del Buen-suceso, y la concurrencia disminuye sucesivamente como bajan las aguas de los rios despues de la tempestad. El tránsito de los carruages, algunas gentes que á interva-

los pasan con celeridad sin duda al teatro á tomar lecciones de asesinato y adulterio en la escuela de Victor Hugo, estorban el objeto de mi desco. Quiero por la última vez saludar la tumba de mi amigo, quiero besar la losa fria que cubre sus huesos. El besó mi frente cuando la calentura me consumia, cuando todos huian de mi como del apestado. Aprovecho un momento de soledad y silencio, y trepando con cautela por los primeros escombros paso al lado del guarda, cuya grotesca fisonomía, iluminada por el resplandor de la hoguera que alimentaba una tarima de altar, asemejaba al rostro de uno de los sayones que guardaban el sepulcro de Cristo. Mírame soñoliento y bebido, como los salvages del desierto miraban á Chactas la noche de su fuga, y sin decir nada me deja llegar hasta el segundo ángulo del claustro. Hace diez años que la suerte no satisface uno solo de mis deseos. Este á lo menos le veré cumplido... ;Tampoco! Así me parece que gri-

taban á mi lado. Fuese ó no ilusion de mis sentidos lo cierto es, que todas las sepulturas de aquel pequeño recinto estaban abiertas, y no parecia lápida alguna. Siéntome designado en la tierra, que despide un ligero olor cadavérico, y rendido de fatiga me venció el sueño.

¿Qué es esto? ¡Gran Dios! Me hallo de repente trasportado á un vastísimo edificio lleno de hombres, mugeres y niños de todas edades y condiciones. Los unos cantan y bailan; los otros comen y beben; y á todos parece rebosar la alegría en los semblantes. Una multitud de pueblo rodea el edificio, y pide á voces que se le permita la entrada para bailar, comer y beber con los que están dentro. Un número considerable de músicos entonan himnos de gozo y alegría para divertir á los demas. Las mugeres bailan como los niños, los hombres cantan como las mugeres; los niños se embriagau como los hombres, y todos repiten en coro: *gloria al siglo, gloria al oro, gloria al*

placer! Uno entre todos no rie ni canta, pero escita á los otros á cantar y reir; y este hombre que no rie ni canta parece ser el gefe y señor de los que rien y cantan, y lleva máscara en la cara, y parece absorto en meditacion profunda. De cuando en cuando vuelve la vista á un cuadrante, observa la hora y dice con sonrisa feroz: ESTO VA BIEN, EL SIGLO MARCHA. En esto suena á lo lejos el estampido del trueno, y el hombre que no rie ni canta se conmueve y tiembla; y muchos de los que rien y cantan se detienen y dicen: *trueno*; y otros contestan, *no trueno: el ruido de los instrumentos les parece trueno,* y continúan bailando y cantando. Repentinamente en medio de esta fiesta resvalan los pies á un hombre alto y grueso, y cae y está muerto; otros seis hombres le recogen, le conducen fuera del edificio y tornan al festin; y todos se rien del hombre que habia caido: el que no rie ni canta observa esta escena y dice en voz baja: ESTO VA BIEN. En tanto crece y

parece un gigante, mira la hora, y la sombra del nogmon va subiendo en el cuadrante. Infinitos relámpagos y fuegos centellantes cruzan el orizonte y llegan hasta las ventanas del edificio. Los que habian dicho *truena*, quedan asombrados; los que habian dicho *no truena*, dicen ahora, "*no son relámpagos, son la luz de las antorchas y de los fuegos artificiales*"; y vuelven á cantar y á reir. El hombre que no rie ni canta observa todo y dice: **ESTO VA BIEN**; y crece el coloso, y la sombra del nogmon va á señalar una hora en el cuadrante.

Brillan con frecuencia los relámpagos, aproximase el trueno, cae un fuerte granizo, y sopla el viento impetuoso; y una voz del cielo dice: ¡**AI DE LOS QUE CANTAN Y BAILAN SOBRE UN ABISMO!** Los que al ver los primeros relámpagos digeron *truena*, esclaman ahora, *escuchemos esa voz*. El hombre que no rie ni canta tiembla; y los otros dicen; "*eso que suena no es voz, es el ruido del granizo y el silvido del viento*"; y el gigante dice: **ESTO VA BIEN**; y llama á los

seis hombres, y veo á la multitud que se agolpa á ellos, y que unos reciben oro y otros plata. Los que reciben plata se quejan de los que reciben oro, y estos desprecian á los otros, y todos se desprecian mutuamente, y sin embargo bailan y cantan, y comen y beben. Retumba el estampido del trueno, y la voz del cielo dice: ¡AI DE LOS QUE CANTAN Y BAILAN SOBRE UN ABISMO! Todos miran al cielo, pero el coloso que no rie ni canta mira á los músicos, y la orquesta despide estrepitosos sonidos que cubren la voz del cielo, y todos siguen cantando y bailando, y el gigante que no rie ni canta dice con sonrisa feroz: ESTO VA BIEN; y crece mas, y la sombra del negmon va á señalar una hora en el cuadrante. En esto observo que muchos de los que habian recibido oro y plata de los seis hombres pierden los unos la vista, otros el oido, y todos la memoria. Los seis hombres mandan á los ciegos que velen por el interior del edificio, á los sordos que esten con atención para que comuniquen lo que oigan por afuera, porque los

seis hombres quieren conocer la verdad. También observo que los que no habían recibido oro ni plata saludan afectuosamente á los que habían recibido uno ú otro, y estos responden, "nada hemos pedido; lo aceptamos por el bien del pueblo." Y luego se reúnen todos formando un remolino, y comen y beben, bailan y cantan. En esto sueña por tercera vez la voz del cielo. ¡AI DE LOS QUE CANTAN Y BAILAN SOBRE UN ABISMO! ¿*Quién dice eso?* preguntan muchos de los que bailan y cantan. *Es una voz de afuera*, responden otros; *algun envidioso de nuestras riquezas y placeres*: y continúan todos cantando y riendo. El coloso dice: ESTO VA BIEN; y crece y llega ya á la bóveda del edificio, y la sombra del nogmon está muy próxima de una hora en el cuadrante.

Los seis hombres se aproximan á un trono antiguo de ébano, y siéntanse en sus gradas. Conferencian un momento entre ellos y tocan ciertos resortes. Entonces habla el trono. Yo no percibo lo que el trono dice, pero oigo al rededor de mí estrepitosas risas

de alegría, demostraciones de gozo porque habia hablado el trono.

En esto tiembla la tierra, desplómase una parte del edificio, y muchos de los que cantan y bailan caen sepultados entre sus ruinas. Los otros esclaman llenos de espanto. "*Huyamos, que tiembla la tierra.*" El coloso que no rie ni canta se estremece y tiembla tambien, y ordena que se traigan multitud de flores y cien vasos de un vino delicioso.

Con las flores cubren inmediatamente los cadáveres y los heridos. Los sanos comen y beben, y no oyen ya los lamentos de los que habian caído, y dicen riendo y cantando. "*No tiembla la tierra, son nuestras cabezas que vacilan con este vino delicioso.*"

El gigante que no rie ni canta dice entonces con sonrisa feroz: ESTO VA BIEN; y los seis hombres dicen. "*Es preciso reparar la parte del edificio que se ha desplomado, porque entra por la abertura un viento ardiente que nos incomoda,*" y llaman á los

arquitectos. Pasan de ciento los que veo aproximarse al trono. Todos hablan á un tiempo, y hablan mucho, y en tanto que hablan no trabajan, y la brecha abierta por el terremoto se hace mayor cada instante que pasa. Trasladanse á las ruinas de un edificio antiguo que se halla á las inmediaciones. Allí hay piedras que estan aún enteras y buenas; pero los arquitectos solo recogen el polvo que las cubre, y pretenden sostener lo que está ruinoso con lo que ha caído. Despues de haber recogido el polvo y los escombros, revisten uno y otro de grandes pliegos de papel, y esclaman satisfechos; *¡hemos restaurado el edificio! ¡su base es inalterable! su duracion es eterna!* Los seis hombres sentados en las gradas del trono repiten con los arquitectos: *¡hemos restaurado el edificio! su base es inalterable! ¡su duracion es eterna!* Y todos los que cantan y rien repiten con los seis hombres y con los arquitectos: *¡hemos restaurado el edificio! su base es inalterable! su duracion es eterna!* Repentinamente el edifi-

cio entero se desploma, y por do quier escuchó el isterico; Ay! de horrible muerte. ¡Qué gritos, qué alaridos, qué llantos suenan en torno de mí! El cuadrante señala una ora: ya llegó la ora, y el coloso que no ríe ni canta, ríe ahora con toda su fuerza, y con voz de trueno dice: ESTO VA BIEN. Su cabeza llega á las nubes. Arroja la máscara que cubre su rostro, y á pesar de su inconmensurable altura le miro y le conozco. Sus ojos, mas grandes que el disco del sol, resplandecen, como el hierro en la fragua. Su mano izquierda tremola un estandarte con este lema en un lado: SEDICION; y del otro, RUINA. A cada paso que anda sobre las ruinas del edificio brotan torrentes de sangre las víctimas que pisa, y de esta sangre se forma un lago que crece y sube hasta la boca del coloso para que pueda beber sangre sin bajarse; y bebe sangre. Saciada su sed, el mismo coloso vacila y cae en el lago de sangre. En esto diviso un vaporencarnado que oscurece el dia, y oigo gritos, suspiros, llantos, y una gran confu-

sion de voces de gente que se lamenta. Sobre una nube azul veo una muger hermosa, brillante como el sol, que sentada en un trono de oro, se eleva sobre el horizonte. Cubre su cabeza una triple corona y ciñen su sien doce estrellas del firmamento. En una mano lleva una cruz, en la otra unas llaves. Bajo sus pies en forma de trofeos, diviso pedazos de espadas y cadenas. Lleva una túnica blanca como la esposa en la fiesta nupcial, y cubre sus hombros un manto de púrpura brillante. Sus ojos parecen á la vez los de una vírgen y los de una madre; y llora, y sus lágrimas caen en el lago de sangre y dice por última vez: ¡AI DE LOS QUE CANTARON Y BAILARON SOBRE UN ABISMO! Y á estas palabras desaparece el lago, el coloso y sus víctimas, que caen sepultados en el abismo. La matrona hermosa entra en el cielo con la cruz. Yo despierto... para siempre.

